

Ponerme, y menos róeme
La envidia ya con su maligno diente.
Tú, que templas, ¡oh Piéride!,
El dulce acento de mi lira de oro,
Darás del cisne el cántico
Aun á los mudos peces, si te place.
Por tu merced benética
Al pasar, silenciosos, me señalan
De Roma el primer lírico:
Si respiro, si agrado, dón es tuyo.

EL DIEZ DE AGOSTO Y LA ACADEMIA ECUATORIANA

POR EL SR. D. JUAN LEÓN MERA. (*)

El 10 de Agosto de 1809 es, en la historia del Ecuador, y aun en la de Sud-América, fecha veneranda y de aquellas que inducen al alma á graves y hondas meditaciones. Si se atiende á su significación y trascendencia, el hecho que hace famoso aquel día, vale por sí solo tanto como una abultada historia: es un hecho **inmenso** y luminoso.

España, la cristiana, noble y heroica luchadora de ocho siglos, y cuya independencia y libertad del poder agareno son muestra admirable de cuánto alcanza un pueblo, movido de amor patrio y arrebatado del impulso de una sola fe religiosa; España conquistó estas tierras amadas del sol, y por la naturaleza pródigamente enriquecidas, y á ellas trajo no sólo su lengua, creencia y costumbres, casi siempre de forzosa imposición de parte del sojuzgador al sojuzgado, sino su propia sangre que, corriendo mezclada con la indígena por venas americanas, americana vino á ser igualmente.

[*] Este escrito debió publicarse en el primer número de las MEMORIAS de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española, el 10 de Agosto de 1876; pero la inquietud de los ánimos á causa de la inseguridad de la política, la revolución y guerra que inmediatamente sobrevinieron, y el hondo malestar social y hasta doméstico que ha pesado sobre los ecuatorianos por más de seis años, bajo un régimen gubernativo por extremo despótico y absurdo, no han permitido que la Academia se consagre á sus ocupaciones ni que, por lo mismo, salga á luz su revista. Importantes trabajos literarios quedarán, pues, sin ver la luz pública, y entre ellos el presente, ínfimo, por cierto, entre los de mis doctos compañeros. Al destinarle ahora á las páginas de los *Anales de la Universidad*, quizás convendría hacer alteraciones en los puntos que no tienen relación con este periódico; pero quizás también tales reformas dañarían algo la unidad del plan. Este temor, la circunstancia de que si tiene este escrito cosa que sea digna de aprecio, deben ser sus ideas fundamentales, que no las accesorias propias de la ocasión en que fué hecho, y menos la diferencia de fechas, me han resuelto á darle á la estampa sin hacer ninguna reforma. Nada perderá el lector, si, para comprenderle por completo, se traslada con la mente á 1876; á mayor abundamiento, si se fija en que mis reflexiones pueden aplicarse á nuestra sociedad en cualquier tiempo.—N. DEL A.

Establecióse, pues, una sociedad con elementos españoles superabundantes; pero, por abatida que fuese la indígena, mucho de ella quedó también; y así como en algunos pueblos de la Península se advierte aún en nuestros días huellas de la morisca hibridación, en los del Nuevo Mundo, hasta en aquellos en que la familia india ha desaparecido, se notan dejos y vislumbres más ó menos sensibles de su influencia en la conquistadora. De aquí, y de una nueva manera de vida á que en muchos puntos sustanciales obligó la naturaleza á los adventicios moradores de un mundo, totalmente diverso del antiguo bajo no pocos aspectos, nacieron necesidades que, andando los tiempos, debían reclamar con poderosa instancia eficaz remedio. Este era la independencia.

La monarquía española, árbol inmenso y magnífico, cuyas ramas se extendían á los cuatro vientos, abarcando poderosas gran parte del globo, había llegado á la plenitud de su desarrollo; muchas de ellas, dobladas sobre el continente hallado por el genio de Colón, prendieron, y crecieron y tomaron extremada robustez; pero su unión con el tronco llegó á ser grave obstáculo para que la savia de la vida discurriese libremente por las nuevas raíces, y las ramas se transformasen en verdaderos árboles. Comprendieronlo los americanos, tomaron resueltamente el hacha revolucionaria y rompieron el obstáculo.

Corrieron torrentes de sangre; los contendores se echaron mutuas bocanadas de maldiciones; la lucha fué porfiada, heroica, terrible; mas al fin todo pasó, y hoy cuenta la América muchas naciones libres en vez de colonias, y cada una de estas naciones se ufana con páginas gloriosas como el 10 de Agosto de 1809 y el 24 de Mayo de 1822; cimiento aquél, y éste encumbrado remate de la emancipación del Ecuador.

Tras el choque sangriento y la violenta sacudida que los pueblos hispano-americanos sufrieron con la guerra justamente llamada magna, vinieron las convulsiones intestinas, fruto de los vicios y ambiciones engendrados, como era natural, por esa misma guerra, y de la insipiente de las naciones independizadas. Las revoluciones, por justas y buenas que sean, se asemejan á ciertas operaciones quirúrgicas: después de los cortes del bisturí queda la dolorosa llaga y la repugnante supuración; la completa salud viene tarde, y á veces ¡ay! demasiado tarde.

La Historia ha recogido ya los hechos de esa guerra y los ha cubierto de resplandor inmortal: el premio de la posteridad está conferido. Mas la Historia recogerá también los hechos de nuestras contiendas fratricidas y las cubrirá de baldón igualmente inmortal: el castigo de la posteridad no puede faltar. Después de los nombres de Bolívar, Sucre y otros ínclitos patriotas, los fastos de nuestros pueblos llevarán escritos á muy lejanos siglos los nombres de unos cuantos vulgares ambiciosos y ruines demagogos, que han ejercido la tiranía invocando la libertad y lo han corrompido todo invocando la civilización. Después que la Historia ha pintado con sublime pincel los cuadros de Carabobo y Boyacá, Pichincha y Ayacucho, pintará también con sombríos colores lides y triunfos dignos de sentidas elegías, y crímenes execrables y hasta vergonzosas ridiculeces.

En medio de esas reyertas, por lo común tan inmorales como sangrientas, y que van inflamándose y apagándose en sucesión interminable, ha comenzado otra de acción más extensa, de fuerza más poderosa, de consecuencias más profundas, y que decidirá, por lo mismo, de la futura suerte de nuestros pueblos: hablo de la lucha de ideas y principios. Empeñados en ella están la inteligencia americana con toda su lozanía y vigor juvenil, las doctrinas democráticas con toda su magia y seducción, la fe religiosa con todos sus consoladores dogmas y su espiritual influjo, la conciencia con su gravedad inquebrantable, y las pasiones políticas con la

efervescencia volcánica que las hace tan odiosas y terribles.

Cuál puede ser el resultado final de esta ardorosa y complicada lid, no es fácil prever; mas no es dudable el cotidiano aumento de los motivos para temer que sea funesto. Abiertas todas las entradas del Nuevo Mundo á la sociedad é influencias europeas, nos vienen aluviones continuos de ellas, y si nos traen fecundante y beneficioso limo y semillas utilísimas, tráennos asimismo, en no escasa cantidad, piedras, estéril rocalla y, lo que es peor, simientes de malezas y gérmenes de corrupción.

Sí, Europa—¿lo diré?;... ¿y por qué no he de decirlo?—Europa, repleta de civilización material; Europa, envuelta como una reina en el manto riquísimo y deslumbrante que le han tejido las ciencias exactas y las artes, pero en cuyas entrañas hierven los gusanos engendrados por la putrefacción de los vicios, nos envía grandes bienes y mucho mayores males. En ciencias políticas y sociales estamos cuudidos de errores; las costumbres van perdiendo su precioso fondo de sencillez y moralidad, á medida que ganan en brillo exterior; la religión, alma del alma de la familia española, origen de tantos elevados caracteres y heroicas virtudes, se halla por mil medios y maneras combatida. Hasta doctrinas absurdas, desacreditadas en el Viejo Mundo, tienen acogida en nuestras repúblicas; y la ignorancia lamentable de muchos, y la mala fe vituperable de no pocos, y el espíritu de necia novelería especialmente en parte de la juventud, naturalmente á ella propensa, las propalan por todas partes causando terrible estrago. Nuestra juventud se pierde: el aliento mefítico de ciertas escuelas de allende los mares, la mata. Sí, esas sifilíticas rameras del orden moral con afeites de filosofía y tocado de lo que se llama *ideas modernas* y progreso, la engañan, la atraen, seducen, estrechan en su in-mundo seno y ahogan miserablemente. ¡Pobres naciones, que llaman á la juventud su esperanza, si llega á consumarse la terrible desgracia de que esa juventud perezca para la fe, la virtud y el honor! Las naciones no se engrandecen sino con la verdad por guía, la fe por sustento, la honra por apoyo y la limpieza de costumbres por gala. La ilustración sin estas compañeras nada vale; y ni galanura de costumbres, ni apoyo de honra, ni sustento de fe, ni guía de verdad habrá para los pueblos, si los fundamentos de la familia y de la sociedad se malean, si la juventud se corrompe, prostituye y pierde.

Ni los patriotas de 1809 en el Ecuador, ni los que dieron el grito de independencia en las demás secciones de la América española antes ó después de aquel año, pensaron, cierto, en que la emancipación política, al satisfacer las necesidades que la reclamaron y justificaron, había de traer males que amenguaran el beneficio: pensaron sólo en la dicha y engrandecimiento que habían de nacer de una libertad juiciosa, del goce de todos los derechos legítimos, y de la participación del progreso y cultura europeos. Seducíalos, además, por una parte el ejemplo de los Estados Unidos, y por otra ignoraban que en Europa los falsos y disociadores principios acumulados en teoría en los libros por el filosofismo, se habían desatado en hechos espantosos, en la satánica Revolución francesa. O más bien, apenas catecúmenos en las doctrinas republicanas, dejáronse alucinar por la parte brillante de la revolución, y no fueron capaces de penetrar que esos hechos tenían por causa inmediata aquello mismo que ciegamente admiraban.

Nuestros padres iniciaron, pues, y llevaron á remate la revolución de la Independencia, apoyados en la justicia, robustecidos por la convicción profunda de sus derechos y encantados por la luz que entreveían al otro lado de los mares, sin sospechar que fuese luz de teas incendiarias, y por la que, vivificante y hermosa, se difundía ya por el Norte de nuestro pro-

pio continente. Su obra fué buena y santa; en ninguna manera los acusamos por los males, motivo de nuestras quejas, y que á ellos mismos, si hoy viviesen, los harían lamentar. A nuestros padres les debemos sólo los beneficios de la revolución: frutos son de sus generosos esfuerzos y de su sangre profusamente derrainada en los campos de batalla y en los cadalsos. Los males provienen del incontentible funesto derramamiento de los erróneos principios políticso-sociales de Europa en el seno de nuestras sociedades infantiles, preparado para recibirlos é incubarlos por las manos de la ambición, la anarquía y la ignorancia.

Remedio contra esos males pudieron hallar los hombres que, participantes de la gloriosa lucha ó sucesores de los que la sostuvieron, fueron como llamados á consumir la transformación; pero todos, cual más cual menos, acometidos de la peste de la ambición personal, pusieron las ansiosas miras, no en asegurar el común beneficio de una libertad ilustrada y moral, sino el privado, individual ó de familia, y no tan sólo en lo presente, mas á las veces hasta en lo porvenir. Tal fué la conducta de muchos de ellos, cual la de quienes miraran la guerra magna como magna cacería, y los pueblos arrancados al poder de España cual presas distribuibles entre los afortunados cazadores, después del afán y jadeo de la batalla. ¡Cuántos laureles ganados en heroicas peleas han sido tristemente ajados por las propias manos que los alcanzaron!

Con tal proceder, júzguese si podría haber en nuestras sociedades ningún contrapeso á las malas influencias que han obrado y obran todavía de lleno sobre ellas. Al contrario, cada revolución, cada guerra intestina, cada inauguración de un nuevo gobierno de ellas nacido, con bien raras excepciones, han reblandecido el corazón de la Patria para que reciba más fácilmente la levadura del error y el vicio. Los caudillos y los partidos políticos, si á veces no importadores de ese elemento de muerte, hanse á lo menos mostrado ciegos para con él, ó si lo advirtieron claramente, han hecho alarde de criminal indiferencia, y en esto ha consistido su ilustración y patriotismo. Parece que muchos de ellos profesan el extraño principio de que es menester conceder derechos al mal, y prestarles, por supuesto, todo el acatamiento debido á los naturales fueros del bien.

En el estado á que han venido á parar las cosas en lo moral, político y social, y hasta en el orden religioso, seguro y lógico es que la lengua y la literatura no pueden haber quedado ilesas. En ellas también la influencia tumultuaria de las escuelas sofistas y libertinas que corroen las entrañas de las viejas sociedades transocéanicas, y de la demagogia impía que huella la cerviz de las nuestras, han sido, y son, y continuarán siendo por extremo nocivas y matadoras. No se puede negar que, en medio siglo de independencia, las letras, artes y ciencias han recibido gran impulso en nuestras repúblicas. Libre, vigoroso y fecundo el ingenio de los sudamericanos, se ha mostrado capaz de abarcarlo todo, desde las menudencias necesarias para la comodidad de la vida doméstica, hasta las grandes cosas que requiere la vida de las naciones; desde la material artística labor que aumenta los sensuales placeres, hasta las hondas cogitaciones en busca de luz y deleite para el alma; desde las gayas flores de la poesía, hasta los sazonados frutos de la grave historia; desde las novelescas amenidades, hasta la fría severidad de la filosofía. Pero este desenvolvimiento de las potencias intelectuales de la raza española vigorizadas por el sol de América, ha padecido irregularidades continuas, desviaciones, y aun intermisiones mortales, provenientes de las causas arriba apuntadas. Considerada la magnitud de los obstáculos por una parte, y por otra el poder de una mala enseñanza sin contradicción, hay que convenir en que es mucho lo que hemos adelantado. Hay que apreciar, sobre todo, el buen

juicio de no pocos escritores que han mostrado infatigable celo de salvar la lengua y dar incremento á las letras. Las semillas que han arrojado, semejantes á las de la parábola evangélica, han caído parte entre piedras, parte en el camino, parte entre zizaña que las ha ahogado; pero alguna porción ha dado con buen terreno. Estos juiciosos cultivadores han sido aun más felices que ciertos hombres que reniegan de todo cuanto no es americano, y que han llevado su *antigodismo* hasta la locura, por no decir más, pretendiendo que en nuestras repúblicas no se conserve ni aun la lengua de Castilla. Este odio á todo cuanto fué de la madre común, que rechazando hasta la rica herencia del idioma, quiere que nos contentemos con una ridícula jerga, de la cual nos da con frecuencia risibles muestras, va cayendo diariamente en mayor descrédito: las simientes que derrama acabarán por ser devoradas de las aves del cielo, esto es del buen gusto y de la sana crítica, así como las venganzas y los rencores que engendró la guerra de independencia van siendo borrados por la mano del tiempo y por la necesidad de atender á los intereses recíprocos de los antiguos contendores. Pronto españoles y americanos, aunque dueños independientes de sus hogares y árbitros de sus destinos, volverán á formar una sola familia; pues la sangre, la religión, la lengua y las costumbres son magia que atrae y cadenas que ligan, y la literatura, la industria y el comercio son clavos que remachan esas cadenas, á despecho de la política, la ambición y la guerra.

No hay, pues, en la América española, nación alguna que no se honre con uno ó muchos escritores y poetas (sin entrar en cuenta los ingenios que han sobresalido en otros ramos); y más de una se enorgullece con justicia de ser madre de sabios y vates altamente reputados. Junto con las riquezas que el comercio y la industria se llevan á Europa, van asimismo el oro y la pedrería de la inteligencia del Nuevo Mundo. Esto lo han conocido y confesado notables escritores europeos, y de uno de ellos son las siguientes líneas, que ahora diez años transcribí en una de mis obras (*), y que me parece oportuno estampar de nuevo aquí: "Somos muy desdofiosos, dice M. Delaplace, á lo menos en literatura, con todo lo que no es europeo: creemos de buena gana que la porción de tierra que habitamos tiene el exclusivo privilegio de producir obras de inteligencia, y, olvidando que la civilización ha pasado por el oriente antes de llegar hasta nosotros, no pedimos á aquellas remotas comarcas (las de América) otras cosas más que las producciones de su suelo ó de su industria. No tratamos de averiguar si su literatura podría proporcionarnos nuevas fuentes de inspiración ó, cuando menos, nuevos objetos de estudio. Sin embargo, en las antiguas regiones orientales, hay más de una literatura que ha precedido é inspirado á las de Europa; ~~en~~ y el Nuevo Mundo, al cual hemos abierto la carrera, nos ha seguido mucho más prontamente en el camino de las letras, que en el del comercio y la industria".

Esta es la verdad. Pero, junto al conocido adelantamiento, se advierte el daño; á par de la flor crece la maleza, é inmundos bichos disputan el imperio á las canoras aves y lindas mariposas. Aunque los sistemáticos enemigos de la lengua no han hallado eco á sus dementes pretensiones, la indolencia, tan culpable como aquella declarada hostilidad, la deja perderse ahogada por neologismos y barbarismos sin cuento. El estudio algo detenido de la gramática y la atenta lectura de los buenos autores casto-llanos, evitarían, de seguro, tamaño mal; pero hay pereza de estudiar, y en lo tocante á la lectura, se préfiere la de traducciones pésimas y ruines, amén de la de periódicos generalmente escritos á la diablo. Los traducto-

[*] *Ojeada histórico-crítica sobre la Literatura Ecuatoriana.*

res de *pane lucrando* y los periodistas ignorantes son los principales responsables de las deformidades de nuestra hermosa lengua y de nuestra bella y galana literatura.

Esto en cuanto á la forma. En el fondo, la literatura sudamericana, en la mayor parte, se halla aún mucho más viciada: tiende á ser escéptica, impía y corruptora: no corresponde al pensamiento y á las aspiraciones de la sociedad hispano-americana, cuya vida es de ayer, y cuyo porvenir se muestra bañado en alegres colores, aun á los ojos de los mismos que la pintan, en sus escritos, con rasgos que sólo convienen á la caducidad sin esperanza y á la tristeza hija de los vicios y el hastío. La América es joven, hermosa y llena de fuerzas vitales; ¿quién no conoce esto y lo repite por todas partes? Este es ya estribillo vulgar; y, con toda, nos empeñamos en cubrir los hechizos de esta *Virgen del mundo* con la ropa vieja y los andrajos que tomamos de Europa, y nos complacemos en presentarla en la exposición de las letras como una pordiosera. Podemos crear un tesoro propio, rico y abundante, y acrecer con él, de una manera noble y digna, el tesoro universal de las bellas artes; mas nos contentamos con el poco honroso oficio de copistas y remendones. Pensamos, escribimos y cantamos á la europea, y más á la francesa, y luego nos echamos á descansar persuadidos de haber hecho gran cosa, como si fuera tal el haber falseado nuestra propia manera de ser y haber mentido á nombre de la América. M. Deplace dice que los europeos nos *han abierto la carrera* de la literatura, y yo debo añadir que nos hemos lanzado por ella á ciego ojos. Lo único que debíamos haber pedido al Viejo Mundo era luz, luz abundante y pura, reservándonos la elección del camino; entonces habríamos ascendido libremente á la cima de los magníficos Andes, corrido sin estorbo por nuestros *amenísimos valles*, hundidos en los senos de nuestras seculares selvas, dejándonos arrebatar por las ondas de nuestros poéticos ríos; ó bien habríamos hecho provechosas incursiones por el fondo de la historia, creencias, costumbres, y vida pública de nuestros pueblos; habríamos penetrado en su mente, y sorprendido su pensamiento; en su corazón, y descubierto sus pasiones; en su conciencia, y conocido sus temores y remordimientos. Con tal cúmulo de conocimientos, ideas y afectos, habríamos elaborado las joyas de la literatura hispano-americana. La mente, el corazón y la conciencia de cada pueblo constituyen un mundo aparte, del cual puede aprovecharse á maravilla el talento literario y poético para dar novedad y valor á sus obras.

Actualmente se abre, en mi sentir, una era nueva á las letras de nuestro continente; el establecimiento de las Academias correspondientes de la Española señala el principio de una vida intelectual más laboriosa, activa y fecunda para los americanos; y agregaré también con lisura, una vida de trabajo más concienzuda y juiciosa. No se nos ha dado el diploma de académicos como simple título de honra; grande es la que nos ha hecho la Academia de Madrid; pero toca á los que la hemos aceptado hacer lo posible para no mostrarnos indignos de ella. Además de los trabajos directos sobre la lengua, de hoy para lo sucesivo todos nuestros escritos deben distinguirse por la limpieza de la dicción, la cordura de la doctrina y la nobleza de las tendencias. Debemos esforzarnos en sacudirnos de la manía de copiarlo todo, y no olvidar que para merecer aprecio en Europa, es necesario mostrarnos menos europeos; esto es, conviene probar que tenemos ideas propias y que podemos pintar con colorido propio. Tal es, de años atrás, quizás desde que comencé mi carrera literaria, mi modo de pensar en esta materia, y tal ha sido mi predicación constante, apoyada en lo posible por el ejemplo.

Nuestro idioma, rico de suyo, habrá de adquirir nuevos caudales, y

el Diccionario se elevará á mayor grado de perfección con los estudios filológicos de las Academias correspondientes, ayudadas y estimuladas por la Academia madre, ya que no llegue á cabal remate, lo cual es imposible en obras de este género á causa de la inevitable movilidad de las lenguas vivas (*). Los galicanos se convertirán ó abandonarán el campo; el buen gusto asentará su trono de oro en nuestras repúblicas, y la moral campeante en las anchas regiones de la literatura y la poesía, extenderá su influjo hasta las costumbres, y quizás hasta la política que tanto la ha menester. ¡Plegue á Dios que esto no sea un sueño!

Si las fechas que en cada uno de nuestros pueblos han señalado las revoluciones ó las victorias de la Independencia, nos merecen respeto y las celebramos con entusiasmo, días de regocijo deben ser también los días del establecimiento de nuestras Academias. España, de cuyo poder nos sacudimos un tiempo, viene hoy por medio de una de sus corporaciones sabias á invitarnos á la alianza y fraternidad en el campo de las luces, nos abre los brazos y nos dirige frases propias para recordarnos agradablemente que á ella debemos la vida y los primordiales fundamentos de la familia católica y de la sociedad civilizada. ¿Podremos ser indiferentes á este llamamiento? ¿seremos ingratos á él en lo sucesivo? ¡No, no mil veces! Comprendemos bien el pensamiento de la Academia Española y anhélamos no mostrarnos indignos de él. Tengo para mí que la alianza de las inteligencias para la defensa é incremento del idioma común, estableciendo el comercio de ideas, traerá por última consecuencia la desaparición completa de las reliquias de la enemistad que surgió ahora más de sesenta años, y por tanto la rehabilitación de los afectos de familia que antes unían á los españoles de Europa con los españoles de América. El 10 de Agosto de 1809 sonó en esta ciudad el grito de independencia, grito guerrero que hizo correr á nuestros padres á los sangrientos combates; el 10 de Agosto de 1876 la Academia Ecuatoriana, fundada por acuerdo de la Española de 24 de Noviembre de 1870, da por la prensa la primera muestra de sus trabajos literarios. El año 9 había preparativos bélicos contra España; el año 76 nos mostramos apercibidos, á la voz de una Academia española, á pelear en la arena de la filología y de las letras contra los que, enemigos de la lengua de Cervantes, asestan mortales tiros al corazón de una de las literaturas más ricas y hermosas de los tiempos modernos. ¡Qué fenómenos los de la vida de los pueblos! El Ecuador luchó contra la madre patria para lanzarse de lleno y con entera libertad en las vías de la cultura social, y hoy se junta con ella como uno de los medios de asegurar esa misma cultura. Pero, cierto, esto no debe pasmarnos, si fijamos un momento la atención en que los intereses de España y de todas las naciones hispano-americanas, tratándose de lengua y literatura, son los mismos sin ninguna diferencia. Allá como aquí, los daños que se hiciesen serán funestos y trascendentales. Allá como aquí, el extravío y la inmoralidad de la literatura ejercerán perniciosa influencia en la sociedad. Allá como aquí, tenemos que regocijarnos de los triunfos del habla castellana, y del imperio del buen gusto y de las sanas ideas en las letras. En estas materias, España es América, y América es España: la familia española es una sola, é indivisible é inmutable. por más que estén sus miembros desparramados en distintas partes del mundo.

¡10 de Agosto de 1809; 10 de Agosto de 1876! Fechas dignísimas de eterna memoria; descubrámonos al pronunciarlas. La primera nos ale-

[*] Esta misma idea ha expresado el sabio Secretario de la Academia Española en su *Resumen de las actas de esta corporación, correspondiente al año 1881*, pág. 18.

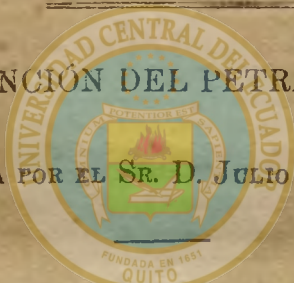
ja de la madre España para aproximarnos á la libertad; la segunda á la madre España, nos junta para huir del terrible mal de la corrupción de la lengua común y del descarrilamiento de la literatura. La libertad, la independencia, bellas diosas á quienes rendimos culto los americanos. La lengua española, la literatura española; otras diosas muy bellas, á quienes así los hijos de España como los de América quemamos igualmente incienso. ¿Por qué la madre y los hijos han de estar separados para este acto noble y santo? ¿por qué los hermanos se han de mostrar gesto rencoroso, cuando les conviene unirse en una cosa igualmente provechosa para todos?

Las aras levantadas á la libertad y la independencia el 10 de Agosto de 1809, se han hecho eternas, y ante ellas doblamos la rodilla todos los días. Eternas sean también las que hemos consagrado al idioma y á las letras, y nunca estén vacías de gratas ofrendas, ni falte jamás el fuego que consuma nuestro incienso.

Quito, á 10 de Agosto de 1876.

CANCIÓN DEL PETRARCA

TRADUCIDA POR EL SR. D. JULIO ZALDUMBIDE.



Traducciones de versos.

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Presento á los Srs. Rrs. de los *Anales de la Universidad de Quito* una traducción de la Canción famosa del Petrarca VERGINE BELLA . . . , para que, si la hallaren digna de darse á la estampa, se sirvan publicarla en su importante periódico mensual. Y pues, en el N.º IV de éste, se han publicado dos traducciones del inglés hechas por jóvenes estudiosos de la poesía extranjera, no me parece fuera de propósito el decir pocas palabras sobre las traducciones de versos en general, con el particular intento de ganar la indulgencia del público para esta mía.

En toda poesía traducida se han de considerar dos cosas: el valor del original y el de la traducción. Si ambos le tienen en grado notable, nadie pondrá en duda que tal traducción sea una adquisición literaria para la lengua en que estuviere hecha.

Casi todos los buenos poetas se han ejercitado en este género de trabajo, traduciendo obras de ajenos ingenios; y no por pura recreación del ánimo, ni por satisfacer un simple deseo ó vanidad, sino también por estudiar la riqueza de su propia lengua en el esfuerzo de equipararla á la extraña, y sobre todo por aleccionar su ingenio en la disciplina del arte, cuya precisa práctica el traslado de las bellezas de un precioso original requiere forzosamente. Horacio es de los poetas del mundo aquel en cuya traducción se han ejercitado más los ingenios de las naciones modernas y cultas, por ser él, si no el mayor poeta, el más correcto y primoroso de todos los líricos.